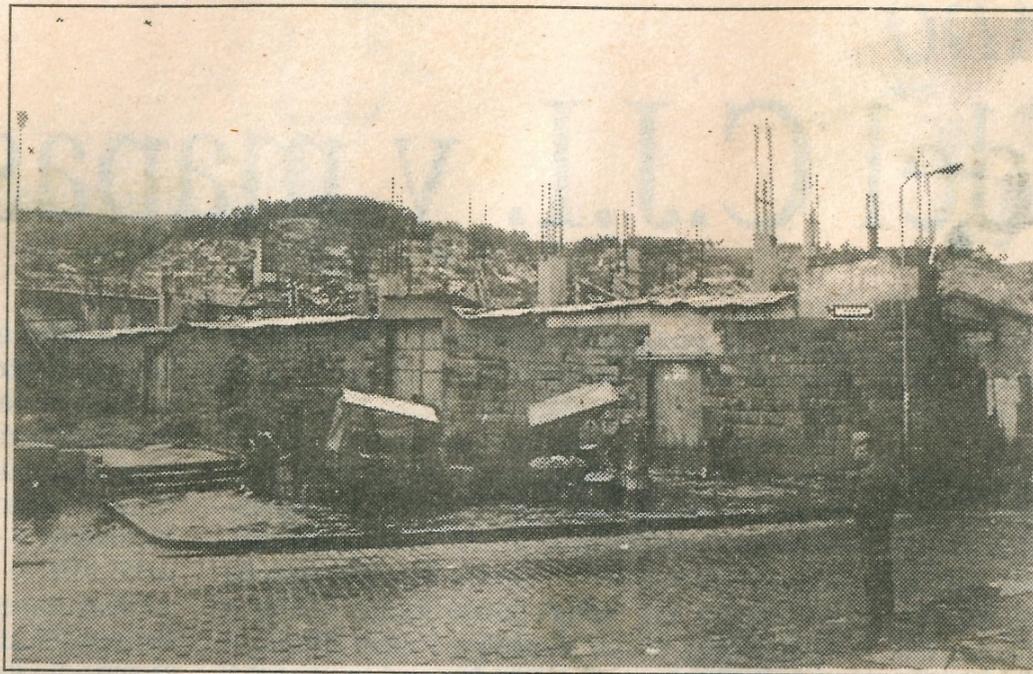


Escribe José Carlos Gutiérrez S. (*)

Caminar por las antiguas callejas y plazuelas del Cusco, resulta siempre agradable por el aire austero y señorial que respiran. Ciertamente, a pesar de los terremotos y de las desafortunadas reconstrucciones, se percibe aún el carácter de ciudad hispano-inca que le confiere originalidad. Por desgracia, el hilo de la tradición arquitectónica viene rompiéndose cada vez más, cuando al par que las casonas con portadas y balcones, se levantan absurdas como horribles construcciones de cemento, de enorme volumetría y carentes de ventanas.

Caminando por la antigua calle de San Agustín y la plazoleta de Santo Domingo, me topé con unas enormes columnas de concreto armado, en lo que fue (según algunos testimonios) una de las casonas más antiguas de la ciudad. Se trataba de las obras de ampliación del hotel El Libertador. Otro día, recorriendo el antiguo barrio de San Cristóbal, quedé estupefacto al contemplar una suerte de bunker a medio construir, en la misma calle donde se encuentra la Casa del Almirante, otra de las joyas de la arquitectura colonial cusqueña.



Sobre los muros de una bellísima construcción incaica, se incrustan columnas de hierro y cemento que impondrán un "moderno" edificio. Lo que fue palacio incaico, será un hotel de turistas.

¿Modernización o descaracterización?

Cusco: un patrimonio por defender

Es decepcionante ver cómo se viene destruyendo, a despecho de los innumerables títulos y códigos de conservación, una de las ciudades históricas más bellas del Perú. Frente a este proceso de continua descaracterización y falsificación arquitectónicas, cabe preguntarse si los arquitectos que diseñan tales obras, además de carecer de intuición estética, igno-

ran lo que significan el estilo, el carácter, y la configuración que deben tener los espacios en ciudades reconocidas como históricas y monumentales. Sin duda, los casos que comentamos entrañan graves contradicciones conceptuales, puestas de manifiesto en la alteración de los elementos genuinos de la arquitectura cusqueña.

Conviene recordar a

quienes tienen a su cargo estas edificaciones, que la ciudad del Cusco debe ser considerada, en su conjunto, como monumento. A pesar de todo, mantiene aún características que le otorgan una personalidad arquitectónica inconfundible. Las antiguas casonas, hoy tugurizadas y semidestruídas, al igual que los más simples utensilios y objetos de una determinada

época, están impregnadas de historia, y, por tanto, son obras únicas e irrepetibles. De ahí la necesidad de su conservación. No se trata, al intervenir o "remodelar" los espacios urbanos, de copiar o repetir las formas y elementos de la arquitectura colonial o incaica, sino de formular nuevas propuestas urbanísticas que guarden armonía y continuidad con los estilos tradicionales de la arquitectura cusqueña. He ahí el problema. Cómo hacer compatibles la "modernidad" con la tradición arquitectónica de una ciudad monumento. Los deplorables casos que aludimos, tal como sucedió con algunas plazas y parques remodelados, no se convalidan con la fisonomía urbana tradicional. Paulatinamente, una arquitectura ostentosa y huchafa con pretensiones de "modernidad", y que obedece más bien a intereses políticos y financieros, viene desfigurando irreversiblemente una ciudad considerada unánimemente patrimonio cultural.

Desde estas columnas, elevo mi voz de protesta y hago un llamado a los artistas e intelectuales cusqueños y cusqueñistas a pronunciarse sobre estos atentados de "lesa cultura".

(*) Pintor e intelectual cusqueño.